

JUAN XXIII

"LA VOZ DEL

NINGUN Papa se ha mostrado tan concorde con su tiempo como Juan XXIII. Para él había que vivir y aceptar con plena intensidad el momento presente. Los llorosos profetas y agoreros estaban fuera de línea.

Cuando el «integrismo» religioso, esos conservadores de todo lo atrasado y carente de actualidad, hacían lo posible por alarmar a los obispos del mundo, en vísperas del Concilio, Juan XXIII supo cortar las alas de su pesimismo retraído del mundo, proclamando que «carecen del sentido de discreción y de medida...», quienes en los tiempos modernos no ven sino prevaricación y ruina (y) van diciendo que nuestra hora, en comparación con las pasadas, ha empeorado; y se comportan como si nada tuvieran que aprender de la historia».

Muchos, al recuerdo de su efímero, pero fructuoso Pontificado, se darán cuenta que no ha habido Vicario de Cristo en la tierra que pareciera, al ser elevado al Solio, más de transición, y que haya resultado, sin embargo, más definitivo para su propio tiempo. Quizá no estemos hoy en condiciones de valorar en toda su profundidad estas reflexiones; pero con los años se realizará, cada vez más, su figura modesta y sencilla, al mismo tiempo que valiente y arriesgada, como la de un hombre Santo (al menos a nuestros ojos humanos) que fue heraldo de su época. No se paraba a pensar en las puras conveniencias humanas o en oportunismos, dictados por la «prudencia de la carne», sino que adoptaba con coraje cualquier actitud por chocante que fuera, con tal que su amor a los hombres se la dictase.

Le gustaba llamarse «siervo de los siervos de Dios», y decía de sí mismo, «vuestro humilde Papa». Gracias a Dios había caído en la cuenta de que el pomposo título de «Supremo Pontífice» era «heredado de los sacerdotes paganos y emperadores» (monseñor Roberts), y cuadraba bastante mal a un pastor del Evangelio en el que no se predica sino el amor fraterno.

Se olvidaba de protocolos y rutinas, y como hombre de acción se lanzaba a la realización de sus proyectos, dándolos como hechos consumados, de manera que nadie pudiera volverse atrás: el Papa anunciaba las cosas que iba a hacer a los cuatro vientos, antes de que cualquier «prudente» cardenal pudiera convencerle de lo contrario.

Cuando, por ejemplo, se dio la noticia de que quería celebrar un Concilio, lo hizo sin consulta previa. Reunido un día con algunos cardenales en el Monasterio de San Pablo, de Roma, les comunicó su proyecto avisándoles que quería un Concilio para poner al día la legislación y estructura de la Iglesia, e intentar la unión fraterna con los cristianos separados.

Poco tiempo después, en ciertos medios eclesiásticos, se quiso desvirtuar la idea, haciendo un verdadero juego de palabras que cambiaba, radicalmente, el sentido de las frases del Papa: se divulgó la idea de que el Concilio buscaba la unidad de los católicos, y no la unión de todos los cristianos. Era propugnar la unidad rígida de grupo, en vez de la unión fraterna con todos.

Nunca se consideró por encima de los demás; era consciente de su responsabilidad como Papa, sabiéndose, sin embargo, frágil. Se propuso como norte la obligación de vivir en comunidad fraterna con sus obispos, con el clero y con los fieles. El se sentía cabeza de una comunidad religiosa llena de vida; y no podía agostar la vitalidad llena de iniciativa de la misma.

Esta es la causa de que en este intervalo entre las sesiones del Concilio, sean muchos los seculares —dentro y fuera de España— que han sido consultados sobre la redacción del esquema número 17, acerca de «la presencia y acción de la Iglesia en el mundo de hoy». Esto la gente no lo sabe; pero es uno de los datos más positivos del papel activo que quería realmente Juan XXIII que tuvieran los fieles en la marcha de la Iglesia y del Concilio.

Saltando, también, por encima de los temores que los últimos Papas habían mostrado por el movimiento ecuménico, fomentó que hubiera numerosos observadores protestantes y cismáticos que asistieran a las sesiones del Concilio, y pudiesen exponer, semanalmente, sus observaciones a la Comisión por la Unión de los Cristianos.

* * *

SUS discursos eran familiares, sin ninguna pretensión. Cuando llegó al Solio Pontificio se presentó un día, de improviso, en la redacción del «Osservatore Romano», el periódico del pequeño Estado Vaticano, para recordarles que no quería que sus discursos fuesen reseñados solemnemente como los de Pío XII, porque, en general, serían palabras salidas del corazón sin previa preparación.

Por paradoja, que revela la gran verdad que dijo Dios en el Antiguo Testamento «mis caminos no son vuestros caminos, ni vuestros pensamientos los míos», este Papa de los contrastes ha publicado algunos de los documentos más importantes que han salido de las manos de un Vicario de Cristo. En su encíclica sobre las misiones «Principes Pastorum», del año 1959, se vislumbraban ya algunas ideas nuevas. Pero fue la «Mater et Magistra» la que, en 1961, resultó un acontecimiento trascendental, y casi revolucionario.

Se había dicho que Pío XII, con motivo de los 60 años de la «Rerum Novarum», escrita por León XIII (la carta magna de los obreros, se la llamó), iba a publicar un documento que recogiera la doctrina social al día. Pero ese rumoreado documento nunca salió a la luz.

En cambio, un Papa sin tan vasta cultura, y tan distante de ser un intelectual como Pío XII, pero lleno de amor a los hombres, ha publicado un documento, exponiendo la doctrina social de la Iglesia, que ha superado con mucho a todos los anteriores, por su actualidad, fuerza, claridad y valentía.

La historia de esta encíclica es compleja. Anunciada, a bombo y platillo, por el propio Papa su inminente aparición y estando fechada el 15 de mayo de 1961, no se hizo pública hasta dos meses después. Una explicación clara de este retraso se desconoce. Pero los comentarios en los medios eclesiásticos fueron muchos. Según algunos —sin que pueda asegurarse nada—, la mano del cardenal Ottaviani influyó en ello. El primer proyecto preparado por los jesuitas franceses de Acción Popular y por el especialista italiano monseñor Pavan, se decía que era más abierto en lo referente a los problemas de la propiedad. Estos difusores del rumor citado, afirmaban que, a última hora, fue a consulta del Santo Oficio, y allí se añadieron algunos párrafos, matizando y suavizando algunas expresiones primitivas. Sea lo que fuere de ello, es cierto que en una lectura reposada e imparcial, algunos párrafos parecen abrir más el camino que otros, y hay que hacer un cierto esfuerzo para concordarlos.

Sin embargo, a pesar de ello, el documento —que no sólo lleva el sello de sus preparadores, sino el característico de Juan XXIII— abre brecha en el futuro social de una manera inesperada, por lo valiente, y por una amplitud de miras que no se encuentra en ningún documento social anterior.

Por ejemplo, la acogida que da Juan XXIII a un sentido «socializador», positivo y constructivo, siempre que se respete la persona humana y sus derechos, es el mayor paso dado dentro de la Iglesia en estos últimos tiempos. No le asusta al Papa que cada vez se «socialice» más la vida, porque sabe encontrar en ella los valores positivos que tiene, y desea que los cristianos se aprovechen de ellos. El fue el primero que dijo, tajantemente, cuando los especialistas católicos —embarrancados en una frase de Pío XI— temían ir más adelante, que «a la propiedad privada le es inherente una función social intrínsecamente».

Era tónica frecuente en los Papas anteriores señalar los aspectos negativos y peligrosos en las cuestiones que trataban. En cambio, Juan XXIII ha huido de combatir al enemigo, y no ha querido ser negativo, aunque fuese con razón. Ha preferido construir y alentar, antes que criticar y luchar en contra de los demás.

Cuando se dirigía a los orientales separados, les decía: «es más lo que nos une que lo que nos separa». Expresión ésta de ese rasgo de carácter que confesó en una carta escrita en el año 1932: «Yo permanezco en mis viejas posiciones: dar crédito a mis ojos, interpretar bien todas las cosas y complacerme en el bien, más bien que fijarme en demasía en el mal. Y después de todo esto, poner la vista en el futuro.»

En una palabra: afán de realidad y optimismo. Realismo para dar por sentado que habrá siempre defectos, hasta en la Iglesia; pero optimista confianza en que no por eso debe dejarse de actuar esperanzadamente, buscando la «continua renovación y juventud», como también pedía, cuando era el cardenal Roncalli.

* * *

EN esta misma encíclica, Juan XXIII señaló otros muchos deberes para los cristianos y hombres de buena voluntad (porque también a ellos se dirigía, aunque más tímidamente que después lo hizo en la «Pacem in terris»). Sus orientaciones son claras, y con aplicaciones concretas, aunque respetuosas siempre de los diferentes sistemas técnicos de carácter social, que escapan a la competencia de la Iglesia. Por eso es inútil, en la «Mater

TIEMPO ES LA VOZ DE DIOS"

et Magistra» o en la «Pacem in terris», querer buscar soluciones de escuela: el Papa, como tal, no es ni socialista ni conservador, ni demócrata ni autoritario, pero señala en las diversas soluciones humanas lo que de bueno puedan tener, y los límites que a un cristiano no le es permitido traspasar, sin hacerse culpable de injusticia. El Papa «puede denunciar lo que hay de contrario a la naturaleza en una situación social» (Pío XII), sin olvidar que la Iglesia no tiene por qué entrometerse «en el dominio técnico para el cual está desprovista de medios adecuados y de competencia» (Pío XI).

Se cuenta que, cuando estaban en auge las discusiones en Italia sobre la «apertura a la izquierda» de la democracia cristiana, el Presidente Fanfani fue a visitar un día al Papa. Juan XXIII aprovechó la ocasión para decirle: «No estoy seguro que seamos de la misma opinión sobre la apertura a la izquierda; pero usted es el Presidente del Consejo de Ministros, y no yo; a cada cual le corresponde su propio papel, y yo tengo confianza en usted.» Con esto zanjó la cuestión batallona de hacia dónde se inclinaba la Jerarquía. Cuando parecía que casi toda ella era contraria a Fanfani, el Papa respetó la libre decisión de los seglares en cuestiones de oportunidad temporal, sin mezclar su opinión personal con su función de Pastor supremo.

Juan XXIII hizo carne suya aquel dicho de San Agustín: «no hay falsa doctrina en la que no se hallen mezcladas algunas verdades»; y por eso prefirió alentar y convivir, antes que condenar y polemizar.

* * *

PERO todo ha quedado pequeño ante la magnitud de su último documento: la «Pacem in terris». Por primera vez en los documentos papales se superan las tímidas posturas que vienen discutiéndose con miedo desde hace siglo y medio. La libertad no asusta ya a la Iglesia, sino que debe por el contrario ser considerada como necesaria, y ha de ser utilizada como elemento educativo de primer orden.

Ya en la «Mater et Magistra» había dicho: que la educación no podía ser una cosa pasiva, sino activa, porque «difícilmente resulta eficaz la educación... si la misma no se desenvuelve a través de la acción»; y, en segundo lugar, que «no se consigue la aptitud para ejercitar la libertad rectamente, sino por medio del recto uso de la libertad». No se aprenderá a ser libres, sino actuando libremente.

En el campo religioso, la más delicada y respetable de todas las manifestaciones humanas, pide el Papa libertad.

La Iglesia debe pedir que no haya para ella «ni persecuciones ni privilegios» (G. Gonella), pues «no reclama... sino el derecho común, la seguridad y la libertad» (Pío XI). Esto es lo que se desprende con mayor claridad y precisión de la enseñanza de Juan XXIII, que se nos acaba de ir.

El mundo no se puede arreglar ni encauzar por la violencia. Hay que olvidarla como medio de solución de los conflictos entre individuos o naciones: «las relaciones entre los pueblos, no menos que entre los particulares, se han de regular no por la fuerza de las armas, sino según la recta razón» (Juan XXIII).

En realidad, esta libertad que propugna el Papa en todos los órdenes de la sociedad civil, no es sino el respeto a los derechos naturales del hombre: es una liberación de todas las trabas que se oponen a la expansión de la persona humana, y no un falso liberalismo, que sólo protege a los fuertes y a los privilegiados de la fortuna. Estos derechos naturales, que no tienen más cortapisa que el orden moral social y el bien común, podemos resumirlos, con palabras del propio Juan XXIII, así:

- 1) El derecho «a la libertad para buscar la verdad», y a «profesar su religión privada y públicamente».
- 2) El derecho «para manifestar y defender sus ideas», «cultivar cualquier arte» y «tener una información objetiva».
- 3) Derecho a que «el hombre en el obrar proceda consciente y libremente», «y no en fuerza de imposiciones».
- 4) Derecho de los padres... «a mantener y educar a sus propios hijos», y de

los hijos «a la elección del propio estado» y «a crear una familia con paridad de derechos y deberes entre el hombre y la mujer».

- 5) «A la libre iniciativa en el campo económico, y también al trabajo», así como «a tomar parte activa en la vida pública». «El derecho de asociación y reunión... y al libre movimiento dentro del seno de ellas», y a la «libertad de movimientos y residencia dentro de la comunidad política».
- 6) «Derecho a las cosas necesarias a la vida... con suficiencia» para él y para su familia. Derecho, en todos, a la participación «en los bienes de la cultura».
- 7) «Derecho de emigrar a otras comunidades políticas, y establecerse en ellas», y reconocimiento de «que las comunidades políticas son iguales entre sí», prohibiendo toda «discriminación racial».
- 8) «Derecho del hombre a su seguridad jurídica... defendida de todo ataque arbitrario.»

El Papa Juan XXIII llevó a todas sus consecuencias la afirmación de Pío XII de que en la sociedad civil y en la sociedad eclesiástica, «el Gobierno no es cierta tutela de menores, sino más bien guía eficaz de los adultos, hacia el fin de la sociedad». Por eso señaló que: «la autoridad... es la facultad de mandar según razón», y «la autoridad que se funda tan sólo, o principalmente, en la amenaza o temor..., no sería conforme a la dignidad de la persona humana».

Nuestro Papa estaba convencido que se puede y debe llegar a una convivencia humana, dentro del ámbito de la ley natural, que es el de la pura razón humana. Para vivir en sociedad, no hay que ir más allá de lo que nos dicta la razón: su dictamen natural es suficiente; pero al mismo tiempo es necesario, y los católicos no deberíamos olvidarlo. No busquemos convencer para convivir; tenemos algo de qué partir, lo que todo hombre de buena voluntad puede aceptar: vivir de acuerdo con la razón. Esa es la doctrina social de la Iglesia y no otra. Por eso decía el Papa en la «Mater et Magistra» —resumen de esa doctrina— que sus enseñanzas podían ser aceptadas por todo hombre sincero, fueren cuales fueren sus creencias; y en la «Pacem in terris» se dirige a todos los hombres de buena voluntad y no sólo a los creyentes.

* * *

OTROS muchos rasgos pueden recordarse del sentido acogedor que tenía y vivía como expresión de la caridad que había en su corazón. Por eso pasaba tranquilamente por encima de cualquier interpretación a ras de tierra y seguía valiente su camino. Cuando Nenni, el dirigente socialista, tuvo recientemente un accidente, el Papa se apresuró a saber noticias suyas y a enviarle un afectuoso recuerdo deseándole el pronto restablecimiento; y cuando el yerno de Jruschof apareció en Roma, no tuvo inconveniente en recibirle, a pesar de los comentarios e interpretaciones que hubo, pero al mismo tiempo aprovechó para regalarle su propio rosario, advirtiéndole que con él rezaba todos los días por Rusia.

Todavía recuerda uno el cambio de clima que supone esta confianza optimista de Juan XXIII y la que todavía se vivía al principio de su pontificado cuando el canónigo Kir, alcalde de una importante ciudad francesa, era constrañido por su arzobispo a no ir a Rusia para devolver la visita hecha a su ciudad por un conocido personaje ruso. Se olvidaba que «si los católicos, a propósito de las cosas temporales, traban relación con aquellos que, o no creen en Cristo, o creen en El, pero en forma equivocada, pueden servirles de ocasión o de exhortación para que vengan a la verdad» («Pacem in terris»). El apóstol no puede ser nunca tímido.

Cuando en Francia se vivía el apostolado de los sacerdotes obreros, ese ensayo malogrado que estimuló el cardenal Suhard, el nuncio Roncalli (el futuro Papa) fue quien más hizo por que no terminase en tragedia, como ocurrió cuando él salió de aquel país. Su lema de conducta fue: «La Iglesia no podrá alargar sus pabellones sin un poco de santa locura.»

Así era Juan XXIII: un hombre que creía en Dios con toda la plenitud de su corazón y en el hombre, y para quien «la voz del tiempo, fue la voz de Dios». ★